

(02038)

No es culpa del balompié

El Complejo Deportivo Mospintoles-2 se ha convertido en uno de los centros neurálgicos de la población. A decir verdad, todos los polideportivos en cualquier pueblo o barrio realizan una labor social que antaño hacían los casinos o las sociedades culturales con aquellos bailes de juventud y aquellas tertulias y reuniones.

Mospintoles no es una excepción; y está a medio camino entre un pueblo grande y una pequeña ciudad. Cualquier sensato ciudadano convendrá en que Mospintoles no sería más que un barrio de Madrid... y no precisamente de los grandes. Piense quien esto lea que vive más gente en la megaurbe que es Madrid que en todas las provincias que baña el mar Cantábrico juntas.

Dicho lo que antecede relataré lo que aconteció en el complejo deportivo cierto día del reciente pasado verano. Me encontraba cambiando impresiones en el recibidor del complejo deportivo con Agustín, el encargado de aquellas instalaciones. Apareció por allí un joven de unos veinte años, no más de veintidós. Para nada era alto, y movía un cuerpo rechoncho... A decir verdad lucía un sobrepeso evidente, aunque no preocupante.

Agustín le saludó con cordialidad y se interesó por su rodilla. El mozalbete contestó que finalmente había hecho caso a sus advertencias y que había acudido al servicio de medicina deportiva que se dispensa en el complejo deportivo. Nos informó del dictamen del galeno, quien le recomendó fortalecer los músculos de esa zona mediante una serie de ejercicios diarios de los que le había proporcionado varias tablas.

Agustín, que de tonto no tiene un pelo —y no lo digo por su cabeza afeitada— le hizo tal pregunta que deduje que el encargado conocía el paño con que trataba:

—¿Le has dicho que lo que te gusta es jugar al fútbol?

—No.

—¿Y no te dije que le contaras todo?

—Es que si le digo que me gusta jugar al fútbol me lo iba a quitar...

—Pero sería por unos meses, y por el bien de tu rodilla.

—Pero es que el fútbol es mi vida... Si no puedo jugar siento que me falta algo.

Recuerdo haber pensado: «tú eres gilipollas, majo». Agustín le miró de hito en hito e hizo un mohín que yo entendí más de resignación que de alguna otra cosa.

—¿Y adónde vas ahora? —se interesó Agustín—. ¿Al gimnasio...?

—No... —repuso el mozo con nerviosa sonrisita—. He quedado con los colegas para echar un partido.

—Pero ¿estás tonto... o qué? ¿No ves que te vas a cargar la rodilla, que la tienes tocada?

—Va, hombre... Tendré cuidado.

—No esperes que los demás lo tengan contigo. Procura no emplearte a fondo

—aconsejó el encargado, sabedor quizá de que el chavalote no iba a desistir.

—Descuida, tendré cuidado. ¿Ya han llegado éstos? ¿A qué vestuario vamos?

—era evidente que el joven, molesto por las recriminaciones del encargado, tenía ganas de dejarnos.

Cuando partió en dirección al vestuario que tenían asignado me interesé por el caso. Agustín me informó de que no tenía más relación con el chico que la que yo acaba de ver —pero es que Agustín es capaz de hacer hablar a las piedras—. Que había sido el mozalbete quien de modo espontáneo le había confesado hacía mes y medio que lleva tiempo con dolores en la rodilla. Que le había recomendado dejar de jugar al fútbol una temporada —jugaba hebdomadariamente con una peña de amigos—. Y que visitara el servicio de medicina deportiva que el ayuntamiento había establecido en el Mospintoles-2.

No vi a nadie más de ese grupo; supongo que estaban en el vestuario y que salieron por el pasillo “de pies limpios” rumbo a los campos de fútbol de césped artificial, esas maravillas de la tecnología que precisan ser tratadas con herbicidas dos o tres veces al año.

Yo subí a la cafetería, pues me había citado allí con un buen amigo para jugar un partidito de frontenis, deporte que alterno con el tenis aunque me dicen que no es recomendable si quiero mejorar la técnica de golpeo de este último. Pero como de lo que se trata es de divertirme, no creo que me venga mal tocar varios palos. Me acodé frente al ventanal que da a los campos de fútbol y enseguida distinguí a mi hombre, aquél para el que el fútbol lo es todo hasta el punto de jugarse su salud articular.

Y allí estaba yo, algo distraído, lo confieso, porque daba mente a ciertos asuntos que me traían de cabeza en aquellos días, cuando me percaté de que el chaval se acerca cojeando sensiblemente hacia la puerta interior que da acceso a las oficinas de los conserjes de las instalaciones.

Temiéndome lo que me imaginaba bebí aprisa el zumo que había pedido y bajé al recibidor donde minutos antes me había enterado del comienzo de la historia que voy narrando. Real como la vida misma, ¡oiga!

Me encuentro con Agustín y le pregunto por el chaval, y el encargado, que las pilló al vuelo, dándose cuenta de que algo había pasado, me informa de que no le ha visto. Nos encaminamos a las oficinas de los conserjes para llegar a tiempo de oír de boca del chico —que había acudido allí para solicitar hielo— lo ocurrido.

—... pues nada, que llegó un balón alto, y salté para darle de cabeza, y al caer me he jodido la otra rodilla.

—Vamos, que has caído sobre la buena para evitar apoyar la mala, y con el sobrepeso que tienes te la has cargado —Agustín no necesitaba de presentaciones para tomar la palabra.

—Sí, eso... Ahora sí que estoy jodido...

—Es lo que les pasa a los que no tienen cabeza. ¿Y ha sido mucho?

—He sentido un clac... Y me duele la hostia...

—Bueno, estate ahí sentado y ponte hielo. No lo tengas ahí parado en un mismo sitio que te harás una quemazón... Muévelo a cada poco. Luego te vas a la ducha y cuando salgas vienes aquí, a ver si podemos acercarte a urgencias para que te miren lo que tienes. Miguel, por favor —interpeló a uno de los conserjes—, llama al servicio médico a ver si hay suerte y está todavía por allí el fisio.

Nos dimos la vuelta y salimos.

—Oye, Agustín... ¿Tú no eres médico, verdad?

—Pues no.

—¿Y adivino tampoco, verdad?

—¡Ca! —negó riendo—. Lo que ocurre es que sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Permanecemos aún unos minutos allí, embromando por un lado y sorprendiéndonos de la estupidez del chaval, cuando llegó mi amigo, que es médico, y le relatamos la peripecia.

No habrían transcurrido diez minutos desde que dejamos al chavalote con el hielo en la oficina de los conserjes cuando llegó corriendo uno de los empleados para recabar la atención del encargado:

—Agustín, tenemos un problema en uno de los vestuarios... El chaval de la rodilla, está tendido en el suelo, aullando de dolor.

Corrimos los cuatro por el pasillo “de pies sucios” hasta el vestuario que nos indicaba el conserje.

El chaval estaba allí, tendido en uno de los bancos del vestuario, desnudo completamente y gimiendo. Aquel cuadro era esperpéntico a la vez que sobrecogedor... Ver llorar a un muchachote de veinte años no es cosa que yo vea a diario.

Mientras mi amigo cumplía con su obligación hipocrática Agustín se acercó al chaval y le preguntó qué había pasado. Y el chico, entre sollozos, nos fue contando:

—Estaba en la ducha... Se me cayó el champú... He querido cogerlo... hice un giro rápido... He sentido un crac en la rodilla mala... Y he caído al suelo

redondo, sin poder hacer nada. Me he hecho daño en el codo... Pero no me duele el codo... Ni la rodilla que he jodido en el campo... Ahora sólo me duele la rodilla que tenía tocada... Y no puedo caminar...

Agustín y yo nos miramos. Sabíamos que el cerebro no puede procesar dos dolores a la vez y sólo atiende al más intenso. Ni siquiera nos permitimos una sonrisa malévol. Era para condolerse... Pero no de las lesiones del chaval, sino de su estupidez. «¡El fútbol es mi vida!», había dicho minutos antes. Pero no puede recaer sobre el fútbol la estupidez congénita de la que algunos hacen gala.